

Buen trabajo, *Tuán* Conrad (Vida y obra de Joseph Conrad, 1857-1924)

Well done, Tuan Conrad
(*The life and work of Joseph Conrad, 1857-1924*)

■ Santiago Prieto

Resumen

Joseph Conrad, autor polaco que escribió toda su obra en inglés, puso al hombre ante situaciones límite o incomprensibles. Casi siempre derrotados de antemano, sus personajes mantenían el pundonor y el sentido del deber hasta el final. Por encima de todo, eran individuos que luchaban por conservar la lealtad a sus principios, aun cuando ello les hiciera vulnerables y significara su propia perdición. En estas páginas se recuerda la vida y la obra de un escritor que halló nuevas vetas en el hombre y con ello contribuyó a modernizar la novela.

Palabras clave

Joseph Conrad. Biografía. Novelas. Marlow. Almayer. Nostromo. Nellie.

Abstract

Joseph Conrad, a Polish author who wrote all his work in English, placed man before borderline or incomprehensible situations. Although almost always defeated beforehand, his characters maintained their dignity and sense of duty until the very end. Above all, they were individuals who fought to remain faithful to their principles even when this made them vulnerable and signified their own ruin. In these pages we remember the life and work of a writer who discovered new strains in man and in doing so helped to modernise the novel.

Key words

Joseph Conrad. Biography. Novels. Marlow. Almayer. Nostromo. Nellie.

El autor es médico. (El título del presente artículo hace referencia al escrito de Conrad "Well done", publicado en 1918, y que se conoce en lengua española como "Buen trabajo".)

■ Polonia, probablemente la más avanzada social y culturalmente de las naciones del Este de Europa, tuvo sus años de esplendor en los siglos XVI y XVII. Sin embargo, las *particiones* que sufrió en 1772, 1773 y 1795, empeoradas por el tratado de Viena de 1815, pusieron bajo el dominio de Prusia, Austria y Rusia gran parte de su territorio. A mediados del siglo XIX sólo la región de Cracovia era oficialmente Polonia, lo que no impedía un vivo sentimiento nacional en las áreas sojuzgadas. Por entonces nacía allí un escritor que, con un argumentario vívido y original, y una sorprendente forma de narración en una lengua que no era la suya materna, reorientó los caminos de la novela y abrió una perspectiva original en la visión de ese bípodo contradictorio y surcado de soledades que es el hombre.

Los primeros años

Josef Teodor Konrad Nalecz Korzeniowski venía al mundo el 3 de diciembre de 1857 en Berdichevo, entonces bajo el Imperio ruso y hoy en el centro de Ucrania. Su padre, Apollo Korzeniowski, aristócrata, poeta, activo oponente del dominio zarista y políglota, había traducido a Shakespeare, Víctor Hugo y Dickens al polaco. Su madre, Ewa Bobrowska, trece años más joven que Apollo, compartía su ideario y ambos participaron en la insurrección de 1863. Fueron detenidos y desterrados a la región de Volojda, a quinientos kilómetros al noreste de Moscú. Allí, donde sólo abundaban el frío y las privaciones, pasaron dos años con su retoño. De vuelta a Berdichevo, Ewa moría de tuberculosis en abril de 1865 y Apollo, hundido en la depresión, sucumbía en 1869, en Cracovia, a la misma enfermedad. Los últimos días de sus padres, y en particular de su madre, a los que asistió apurando hasta la última gota del cáliz, dejaron en él una impronta indeleble. Las migrañas y una pleuritis que, con el antecedente familiar, probablemente fuera tuberculosa, también formarán parte de sus recuerdos de infancia.

El niño Josefz queda bajo la tutela de su tío por línea materna Tadeusz Bobrowski, abogado en ejercicio, que orienta su educación y al que dará más de un quebradero de cabeza. Le gustan la Geografía y la Literatura, y ama los mapas casi tanto como los libros. Cervantes, Dickens, Mungo Park, James Fenimore Cooper, Turgueniev y Víctor Hugo, a los que lee con pasión, son sus ayos literarios. Lo que no le impide aborrecer la obra de Dostoievski y, antes de cumplir los 17, dando un inesperado giro a su vida, tomar la decisión de ser marino.

Juventud. El mar

En septiembre de 1874, Josefz Konrad Korzeniowski viaja a Marsella (“Marseille, où j’ai jeté mon premier coup d’oeil conscient sur le monde et la vie”, escribirá). Allí se

emplea como aprendiz de marinero en la naviera *Delestang et Fils*, cuyos barcos viajan al Caribe. A bordo de las goletas *Saint Antoine* y *Mont Blanc* realiza tres viajes en los que se empapa de la vida de los hombres del mar, y recorre las Antillas, la costa oriental de Méjico, Venezuela y Colombia, a la vez que toma buena nota de individuos y lugares que hará revivir en su momento.

De vuelta a Marsella, participa en 1877 en el contrabando de armas para los seguidores de don Carlos, aquel pretendiente al trono de España que a tantas muertes da lugar en el siglo XIX. Por entonces se mete en un turbio lío de faldas por el que se ve abocado a un duelo, sufre pérdidas en el juego en el Casino de Montecarlo a las que no puede hacer frente y comete un fallido intento de suicidio pegándose un tiro en el pecho. La bala le atraviesa, pero no le afecta a estructuras vitales y puede contarlo. Se ve obligado a recurrir a su tío que le saca de la estacada y sale del trance con algún costurón en el pellejo... y en la autoestima.

Además, discute con su empleador y no olvida que procede de la Polonia ocupada por el zar, por lo que a sus 20 años puede ser reclamado para hacer el servicio militar en Rusia. Debe emigrar. Durante el tiempo que ha pasado embarcado se ha cruzado más de una vez con barcos de la marina mercante inglesa, cuya organización admira y que es soporte de un Imperio que está en su apogeo. Y a finales de 1877 se embarca en Marsella en el *Mavis*, buque carbonero inglés que se dirige a Constantinopla. Cuando finaliza el viaje de vuelta, en junio de 1878, el aún llamado Josef Korzeniowski desembarca en Lowestoft, Suffolk, su primer contacto físico con las tierras de Albión. Ya ha hecho su inmersión en la que será su tercera lengua, en la que ahonda devorando todos los números del *Times* que caen en sus manos, hasta dominarla y llegar a convertirla en su instrumento de trabajo.

Sin detenerse, vuelve al mar en el *Skimmer of the Sea*, goleta que hace la ruta entre Lowestoft y Newcastle y en la que permanece hasta que se enrola en el *Duke of Sutherland*, cliper lanero que parte de Londres con destino a Sidney.

En junio de 1880 supera en la ciudad del Támesis el examen de Segundo Oficial y en el abril siguiente se embarca como tal en el *Palestina*, un viejo cascarón a vela cargado de carbón con destino a Bangkok. Desde muy pronto la travesía es una prueba para el barco y los hombres que lo gobiernan. Sufren una galerna en el Mar del Norte, el abordaje accidental por un vapor, la combustión espontánea de la carga en el Índico y la fuga de casi toda la tripulación en los botes salvavidas. Con saber y temple, Korzeniowski puede alcanzar en un bote averiado la costa de Sumatra con los pocos marineros que habían permanecido a bordo. Una experiencia útil para un argumento.

Vuelve a Londres y en septiembre de 1883 se contrata como segundo oficial en el *Riversdale*, en el que viaja hasta Madrás, en el sudeste de la India. Desembarca allí y viaja hasta Bombay, en el oeste de ese gran país, para incorporarse al *Narcissus*, vapor que en las proximidades del Cabo de Buena Esperanza debe soportar una tempestad que está a punto de mandarlo a pique en más de una ocasión. El comporta-



miento de los oficiales y la tripulación durante el trance quedan fijados en la retina de un observador que se faja como el primero.

Al año siguiente logra el certificado de Primer Oficial y en 1886 se producen dos hechos cruciales en su vida: en agosto obtiene la ciudadanía británica y en noviembre el título de Capitán de la Marina Mercante Británica.

En febrero de 1887 se embarca como primer oficial del *Highland Forest* con destino a la isla de Java; y en agosto salta al *Vidar*, vapor con el que recorre durante medio año las Celebes, Singapur, Borneo, el mar de Sulu y muchas de las islas del sudeste asiático. Se fractura una pierna y ha de pasar tres meses hospitalizado en Bangkok. Es, probablemente, en estos viajes y durante los noventa días en el dique seco cuando empiezan a bullirle las ideas y a tomar conciencia de que necesita verterlas al papel. No en vano muchas de sus historias y personajes más elaborados saldrán de ese periplo.

En enero de 1888 le asalta la duda de volver a Inglaterra y en Singapur renuncia al puesto de primer oficial del *Vidar*. Pero, cuando va a dejar el mar, recibe una oferta que un primer oficial con amor propio no puede rechazar: ir a Bangkok para incorporarse como capitán del *Otago*. Este bricbarca será el único barco que mandará. La impresión que le causa al verlo quedará plasmada en *La línea de sombra*: "Sí, allí estaba. La visión de su casco y aparejo me llenaron de alegría... Uno se siente satisfecho de vivir en un mundo en el que existe semejante criatura". Pero una criatura con la que tiene la ingrata experiencia de pasar tres semanas en una travesía por el golfo de Siam con calma chicha, el segundo oficial enloquecido, la tripulación consumida por el paludismo y sin quinina a bordo. Sólo él y el cocinero, cardiópata a punto de la insuficiencia cardíaca, se libran de enfermar.

Rinde viaje en Singapur para, casi sin tomar aliento, partir hacia Australia, tocar los puertos de Sydney, Melbourne y Adelaida, y adentrarse en el Índico hasta la isla Mauricio. Vuelve a Inglaterra a finales de 1889 y empieza a escribir las primeras páginas de un esbozo de novela. No le es fácil. En la primavera del año siguiente se desplaza a Polonia. Va a cumplir 33 años y ha pasado la mitad de ellos en la mar cuando visita a su tío Tadeusz. Las raíces son las raíces y la sangre es la sangre.

En mayo de 1890 viaja al eufemísticamente denominado "Estado Libre del Congo", una de las páginas más destacadas en la historia universal de la infamia. Creada en 1885 por el rey Leopoldo II de Bélgica "para abrir a la civilización la última parte del globo donde ésta todavía no ha penetrado", la *Société Anonyme Belge pour le Commerce du Haut-Congo* será durante 25 años un ejemplo de codicia y barbarie aplicadas sin control contra el hombre y la Naturaleza. Unos diez millones de negros mueren por el trabajo, o sencillamente asesinados, en ese cuarto de siglo. Todo un éxito de la civilización, sin duda.

Korzeniowski llega por mar hasta Boma, en el estuario del río Congo y capital de aquel "estado libre". Va por tierra hasta Kinshasa y allí tiene una agria discusión con el representante de la *Société Anonyme*. Debe aceptar embarcarse como segundo en

el *Roi des Belges*, barco con el que asciende Congo arriba. Durante el viaje enferma el capitán y asume transitoriamente el mando de una tripulación entre los que hay más de un aficionado al canibalismo. Asiste, además, a la muerte de un alemán, médico, científico y políglota, trastornado después de pasar años como jefe de explotación en aquellas tierras sólo recordadas por los accionistas de la *Société*. Un individuo que justificará una novela.

No podrá olvidar lo que ve. “La voz siniestra del Congo, con su murmullo sobre la fatuidad, la vileza y la codicia del hombre, barrió las generosas ilusiones de mi juventud y me llevó a mirar en el corazón de una inmensa oscuridad...”, escribirá. Por si fuera poco, sufre por entonces su primera crisis de gota y atrapa el paludismo, enfermedades que le mortificarán durante años. Enflaquecido, quebrantado de cuerpo y doblado el espíritu, rescinde su contrato tras cuatro meses de infierno.

Josef Korzeniowski retorna a Inglaterra en enero de 1891. Todavía pasará algún tiempo embarcado y hasta 1893 le vemos como primer oficial del *Torrens*, un clíper de pasajeros que hace la ruta Londres-Australia. En el viaje de ida de la última travesía se produce un hecho afortunado. Da a leer el manuscrito de su aún inconclusa novela, *La locura de Almayer*, a W. H. Jacques, un joven pasajero licenciado en Literatura por Cambridge y que se halla en la etapa final de la tuberculosis. Al pasar la última página, pronuncia una palabra mágica: “Diferente”, para definir lo que acaba de leer. Hablan despacio y el marino comprende que lleva dentro un escritor. Cuando el *Torrens* atraca en el puerto de Londres el 26 de julio de 1893 acaba su carrera marinera. Le falta poco para cumplir los 36 y ha pasado casi veinte en el mar. Ha visto mucho, lo que en su caso significa suficiente. Tiene argumentos y sabe cómo darles forma. Va a vivir para la Literatura.

Inglaterra. Literatura y madurez

Josef Korzeniowski sabe que su apellido es difícil de pronunciar en inglés y firma como *Joseph Conrad* la novela que envía en la primavera de 1894, el mismo año en que muere su tío Tadeusz, a la editorial Fisher Unwin de Londres. El manuscrito de *La locura de Almayer* es leído por el crítico Edward Garnett, que aconseja su publicación y la obra sale a la luz en abril del año siguiente. Tiene cierto éxito y en el prestigioso semanario *Saturday Review* puede leerse: “*La locura de Almayer* es una vigorosa narración, con efectos que cautivarán la imaginación y rondarán en la memoria del lector”. No se equivoca.

La novela se desarrolla en el Archipiélago Malayo y contiene algunos de los ejes sobre los que gravitarán varias de sus obras. El antihéroe protagonista, un holandés “atenazado por la intriga, con la cabeza llena de sueños locos, débil, irresoluto y desgraciado”; el lugar exótico, promisorio y misterioso: “en aquel tiempo Macasar hervía de vida y movimiento comercial. Era el lugar de las islas adonde se encaminaban

todos los hombres arriesgados que, habiéndose provisto de goletas en la costa de Australia, invadían el Archipiélago en busca de dinero y aventuras”; el hombre de acción, el capitán Lindgard: “muchos intentaron seguirle hasta aquella región de abundancia donde había gutapercha y cañas de bambú, conchas perlíferas..., pero el pequeño *Flash* era más velero que todas las demás embarcaciones de aquellos mares”; la mujer esclava, débil sólo en apariencia, amorosamente analizada, a la que convierte en un símbolo de libertad: “En aquella flexible figura, enhiesta como una flecha, graciosa y libre al andar... dormían ocultos todos los sentimientos y todas las pasiones, todas las esperanzas y todos los temores, el curso de la vida y el consuelo de la muerte... Vivía como las altas palmeras entre las que ahora pasaba, buscando la luz...”. Y el final, en soledad, de Almayer: “El único hombre blanco de la costa oriental había muerto y su alma, liberada de las garras de su locura terrestre, se hallaba ahora en la presencia de la Infinita Sabiduría. Sobre el rostro, vuelto hacia arriba, se veía la serena mirada que sigue al repentino alivio de la angustia y del dolor, y ésta atestiguaba silenciosamente ante el cielo sin nubes que al hombre allí tendido bajo la mirada de ojos indiferentes le había sido permitido olvidar antes de morir”.

Es curioso que Conrad en *Un vagabundo de las islas*, novela que apremiado por Edward Garnett alumbra a principios de 1896, utilice a Almayer como un personaje más, lo que nos hace dudar en qué orden fue concebida. Aquí los protagonistas son Willems, típico personaje conradiano, un holandés fiscal de sí mismo, atormentado y maldito, al que sólo la muerte podrá liberar de su carga insoportable: “Él, que había vivido sin otra preocupación que sus propios trabajos y su propia carrera... lleno de desprecio hacia los hombres... ¿Dónde estaban la seguridad y el orgullo de su destreza, la fe en el triunfo que siempre le había acompañado, su cólera ante la derrota...? ¡Todo había desaparecido...!”. El capitán Tom Lindgard: “un enamorado al mismo tiempo que un fiel creyente del mar. El mar le había abierto sus azules brazos desde su infancia, moldeando su cuerpo y su alma... toda su sabiduría la había adquirido a fuerza de dolor y de trabajo”. Aissa, la mujer de carácter, apasionada hasta acabar por despecho con la vida de su amado: “Usted no sabe, no puede saber... he velado el sueño de los fugitivos exhaustos, y he contemplado cuadros de tragedia, visiones de infierno; he cogido los remos de los muertos por sed y por fatiga, y he remado por ellos...”. Y Babalatchi, el indígena observador, sabio y todo un superviviente: “Yo sólo soy un pobre malayo, que ha tenido que huir muchas veces ante los hombres blancos... He sido criado de unos y de otros, y a veces he tenido que trabajar y dar consejos por un puñado de arroz... ¿de qué sirve la cólera cuando no somos fuertes para luchar? Pero déjeme decirle que ustedes, los blancos, lo han acaparado todo aquí, como en todas partes: la tierra, el mar, la fuerza para la guerra... dejándonos a los indígenas solamente su justicia, la justicia del hombre blanco...”.

En marzo de 1896, poco después de publicar *Un vagabundo de las islas*, Conrad contrae matrimonio. La novia, a la que había conocido en 1894, se llama Jessie George y es una mujer de 22 años, menuda y discreta. Hija de un almacenista y con

un escaso bagaje cultural, no es por ello bien vista por Garnett, que llega a verbalizar su opinión. Pero esta mujer tiene algo más valioso que la cultura: posee innata esa mezcla de luces y generosidad llamada inteligencia; respeta, incluso ama, a su marido y es capaz de soportar sus momentos de irritación cuando combate con el idioma o se atasca en un párrafo o un argumento; o vencer sus largos silencios y sus frases de amargura; pasar a limpio sus manuscritos; superar su escasa propensión a la intimidad, y aguantar el difícil carácter de quien, en el fondo, probablemente es tan crítico como orgulloso, que sabe lo que vale y lo que lleva dentro, pero que con frecuencia sufre el peso de la duda y la desesperanza.

Van a vivir a Stanford-le-Hope, en Essex, cerca de la residencia de un viejo amigo que también había sido oficial de la marina mercante. En el yate de éste, el *Nellie*, harán excursiones por el Támesis y Conrad immortalizará ese nombre en el arranque de una de sus más celebradas obras. A lo largo de su matrimonio habitarán ocho residencias, casi todas en el sudeste de Inglaterra, en función de su durante bastantes años magro peculio. Y es que, ya desde entonces, es un escritor de minorías y, a pesar de que trabaja sin descanso y da a la editorial una novela cada año, su economía tardará en ser boyante. Además, si su padre había mostrado una indiferencia insensata hacia el dinero, él pelea por cada libra al tener bien presente de lo que vive y lo que necesita para que vivan su mujer y los dos hijos, Alfred Boris y John Alexander que nacen en 1898 y 1906, respectivamente. Una pelea en la que tiene poco éxito.

En 1897 da a la imprenta *El negro del Narcissus*. Las escasas 160 páginas de este texto, que dedica “A Edward Garnett. Este relato sobre los hombres del mar”, han sido consideradas la mejor novela con ese fondo escrita en lengua inglesa. Narrada en primera persona, basada en su experiencia personal y con un sencillo hilo conductor, cual es un marinero tísico, la repercusión de su enfermedad en la conducta de la tripulación y una tempestad en el Índico, incluye en el prefacio una declaración de intenciones por parte del autor: “Así, el artista, al igual que el pensador o el hombre de ciencia, busca la verdad, para sacarla a la luz... Toda novela —por poco que se esfuerce para llegar a ser una obra de arte— se dirige al temperamento...”. Pero ésta es, sobre todo, un ejemplo de dominio del tiempo narrativo, a la vez que un análisis pleno de rigor, observación crítica y afecto hacia los hombres embarcados. Qué podemos decir de la descripción de aquel marinero del que sólo en las últimas páginas sabremos que es analfabeto: “Singleton... no era más que un hijo del tiempo, reliquia solitaria de una generación devorada y a la que nadie recordaba ya... Los hombres capaces de comprender su silencio, los que habían sabido el secreto de existir más allá de la vida, frente a la paz de la eternidad, habían desaparecido. Ellos habían sido fuertes, con la fuerza de los que no conocen ni la duda ni la esperanza... Su cuerpo mortal no había obtenido jamás de él el menor pensamiento... Envejecer... ¿y después? Contempló el mar inmortal... lo vio inmutable, negro y manchado de espuma bajo la vigilia eterna de las estrellas; oyó su voz impaciente llamarlo desde el fondo de

una inmensidad despiadada...”. O, cómo no, recordar la tempestad: “Una enorme ola espumeante salía de la bruma; venía sobre nosotros rugiendo salvajemente, tan temible y desmoralizadora en el impulso con que se precipitaba... El barco se elevó y permaneció un momento sobre la cima espumosa... Antes de que hubiéramos podido recuperar la respiración, lo golpeó una pesada ráfaga y otro rompiente lo cogió traidoramente por debajo de la proa; el barco se acostó de golpe y el agua invadió la cubierta...”. Y el final, narrado con un punto de amor y de nostalgia, ya que no en vano él ha vivido la aventura: “La tripulación del *Narcissus* se borró ante mis ojos. Nunca he vuelto a verlos. El mar se apoderó de algunos, los barcos de vapor de otros, los cementerios de la tierra pueden dar cuenta del resto... Dejemos a la tierra y al mar los que a una y otro pertenecen... Pero hay días en que la corriente del recuerdo... Entonces veo entre desoladas riberas deslizarse un barco... ¿No conquistamos todos juntos sobre el mar inmortal el perdón de nuestras vidas pecadoras? ¡Adiós, hermanos! Erais buenos marineros. Jamás mejores embridaron con gritos salvajes la ondulante tela de un pesado trinquete, ni, balanceados en la arboladura, perdidos en la noche, contestaron mejor, alarido por alarido, el asalto de un temporal del Oeste”.

Entre febrero y abril de 1899, Conrad publica por entregas en *The Blackwood's Magazine*, una novela corta que titula *El corazón de las tinieblas*. Imaginada muy probablemente sobre *Una avanzada del progreso*, relato que poco antes ha publicado en un periódico de Londres, y narrada en primera persona por Charles Marlow (su *alter ego*, utilizado por primera vez en la historia corta *Juventud*, en 1898), recoge sus experiencias en el Congo. Concebida de forma original (la historia es contada desde un barco —“La *Nellie*... se inclinó hacia el ancla, sin una vibración en las velas, y quedó inmóvil”— que espera la pleamar en el estuario del Támesis antes de partir para un largo viaje) y contada de manera que el narrador es a la vez testigo, protagonista y casi interlocutor del lector, es un análisis descarnado del colonialismo y un estudio del individuo puesto ante situaciones límite. Incluye una pincelada con la que dibuja a Marlow en las primeras páginas: “Pero Marlow, si se exceptúa su propensión a urdir cuentos, no era típico, y para él la significación de un episodio no estaba dentro, como una pepita, sino fuera, envolviendo la historia expuesta...”; y el recuerdo autobiográfico en labios del narrador: “De muchacho tenía yo pasión por los mapas. Hubiera mirado durante horas enteras mapas de América del Sur, de África... Pero había allí un río, un río especialmente grande...”.

Marlow/Conrad parte de un recuerdo de las expediciones romanas a su llegada a las Islas Británicas, y lo convierte en una aparente justificación de la conducta ante ambientes hostiles: “imagínesele usted aquí, en el mismísimo fin del mundo: un mar de color de plomo... Eran bastantes hombres para enfrentarse a la tiniebla... O bien piensan ustedes en un joven ciudadano que viene aquí para rehacer su fortuna... Ha de vivir en medio de lo incomprensible, lo que también es detestable. Y eso tiene además una fascinación que obra sobre él. La fascinación de lo abominable”. Sin embargo, muy pronto puntualiza: “Pero aquellos mozos no eran muy dignos de estima...”.

Eran conquistadores y para esto sólo es necesaria la fuerza bruta, nada de lo que pueda uno vanagloriarse cuando lo posee... La conquista de la tierra, que generalmente consiste en quitársela a los que tienen una tez distinta o una nariz un poco más plana que nosotros, no parece bien si se mira de cerca largo rato”.

Y Marlow, que detesta la mentira (“Hay un tinte de muerte, un sabor de mortalidad en la mentira...”) nos habla de lo que conoce bien: la fatuidad del hombre, su insensatez, su codicia; nos habla de crueldad, violencia y muerte. “Figuras negras se agachaban, acostadas, sentadas entre los árboles, pegadas a la tierra, visibles a medias y a medias borradas por la luz difusa, en todas las actitudes de dolor, abandono, desesperación... Morían muy lentamente... Traídos de todos los lugares apartados de la costa, con toda la legalidad de los contratos temporales, perdidos en el ambiente extraño, alimentados con una comida que no les era familiar, enfermaban, se hacían inútiles y entonces se les permitía arrastrarse y descansar...”. Lo que no impide a Marlow, en un requiebro inesperado, darnos un apunte tan original entonces como válido hoy: “¿Qué? ¿He hablado de una muchacha? ¡Oh! Está fuera de aquello completamente. Ellas —las mujeres, quiero decir—, están fuera de esto, deberían estar fuera. Nosotros estamos obligados a ayudarlas para que puedan seguir en su hermoso mundo, porque de otro modo el nuestro sería peor”.

Sin embargo, el relato persigue otro objetivo, al principio soterrado, casi una sombra, pero que late cada vez con más fuerza a medida que avanzamos río arriba. Porque el texto es el camino hacia un nombre; hacia un hombre que, fuera de los cauces de la civilización, ha enloquecido de fuerza y soledad. Porque Marlow no está tan lejos del “jefe de la Estación Interior” como ha podido parecernos: “No, es imposible; es imposible comunicar la sensación vital de ciertas épocas de nuestra existencia, lo que es su verdad, su sentido, su esencia vital y penetrante. Es imposible. Vivimos como soñamos, solos... Observen que no trato de disculpar, ni siquiera explicar a Kurtz, trato de darme cuenta de mister Kurtz, de la sombra de mister Kurtz. Aquel espíritu iniciado en el fondo de la nada me honró con sus extrañas confidencias antes de desaparecer para siempre... ¡Una voz! ¡Una voz! Resonó profunda hasta el mismo fin. Sobrevivía a sus fuerzas para esconder, en los magníficos pliegues de la elocuencia, la estéril oscuridad de su corazón. ¡Él luchaba! El desgaste de su cerebro fatigado era visitado por figuras tenebrosas; figuras de fortuna y de gloria que giraban obsequiosas alrededor de su inextinguible don de noble y elevada expresión... Gritó en un susurro a alguna imagen, a alguna visión; gritó dos veces, un grito que no era más que un suspiro...”. Y el relato acaba donde empezaba, en un barco en el estuario del Támesis, esperando la pleamar: “Marlow se calló y se sentó aparte... Levanté la cabeza... el tranquilo camino de agua que conducía a los últimos confines de la tierra fluía sombrío bajo un cielo cubierto. Parecía conducir al corazón de unas inmensas tinieblas”. Pero nunca sabremos si las tinieblas estaban en el corazón de África, o habían quedado para siempre en el del hombre que había vivido aquella historia.

Conrad completa la denominada “trilogía de Marlow” con *Lord Jim* (1900), su obra más extensa y, acaso, más conocida y celebrada. Construida sobre el núcleo del sentido moral de la conducta, el peso de la culpa o, utilizando palabras del autor, “la aguda conciencia del honor perdido”, es el relato de una huida de sí mismo. Una huida que, obviamente, sólo podrá acabar con el fin del protagonista.

Jim, “caballeroso y afable”, según Marlow, es piloto del *Patna*, “vapor más viejo que Matusalén, flaco como un lebrél y más comido de herrumbre...”, que traslada a 800 peregrinos musulmanes desde “un puerto de Oriente” hasta La Meca. Durante la travesía choca con un obstáculo semisumergido y la vía de agua que sufre le parece a Jim suficiente para echarlo pronto a pique. El capitán y dos maquinistas, y con ellos Jim, abandonan el buque en un bote, dejando a los pasajeros a su suerte. Sin embargo, el *Patna* no se hunde y puede ser remolcado a puerto. El revuelo es notable. Aunque la responsabilidad parecería evidente, Jim es el único que se sienta en el banquillo de los acusados: “—No podía yo escaparme. El patrón lo hizo... Allá él... Pero yo no quería ni podía. Zafáronse todos de un modo o de otro; pero no se hizo semejante procedimiento para mí”. El tribunal le considera culpable y le desposee de su título profesional. Ahí comienza el errar para quien, avergonzado hasta los tuétanos, convencido de que ya nunca será lo que quiso ser, no podrá hallar un refugio. “En toda la redondez de la tierra... no tenía él lugar alguno... al que pudiera retirarse. ¡Eso es! Retirarse... estar a solas con su propia soledad”, nos comenta Marlow. Pero, este caballeroso marino inglés no se limita a contarnos la historia de Jim, también le ayuda a encontrar trabajos para vivir. Trabajos en los que demuestra valía, pero que le duran lo justo hasta que oye hablar del *Patna*. Y, cuando, en Patusán, tras una larga y notable obra, parece haber hallado el amor y la paz, y entre los nativos se ha hecho merecedor del título de *Tuán*, señor, un miserable utiliza su inocencia para acabar con su vida. Jim, solo por encima de todo, romántico, neurótico, esclavo de su sentido del deber y de la imagen que de sí mismo se ha forjado “abandona a una mujer llena de vida para celebrar su implacable boda con un fantasma: el ideal de conducta que él mismo se trazó”. Y Marlow, tras preguntarse si Jim “estará ahora satisfecho, totalmente satisfecho”, reconoce en la penúltima página: “Ahora, en que ha dejado de existir, días hay en que la realidad de aquella vida pesa sobre mi ánimo con inmensa, abrumadora fuerza; y, sin embargo, a fe que hay también momentos en que cruza ante mi vista como alma errante perdida entre las pasiones de este bajo mundo, pronta a someterse fielmente al llamamiento de aquel otro mundo de fantásticas sombras al cual pertenece”.

Tifón, considerada por los estudiosos como una obra perfecta en cuanto a sencillez narrativa y calidad literaria, aparece en 1902. Es, también, un ejemplo del irónico humor de Conrad. Desde la descripción del poco imaginativo capitán MacWhirr en el capítulo I: “Sólo los superiores dotados de imaginación son hipersensibles, cargantes y difíciles de complacer, pero todos los buques capitaneados por MacWhirr habían sido la personificación flotante de la armonía y la paz. En puridad, al capitán le habría

resultado tan imposible emprender el menor vuelo con su imaginación, como era imposible para un relojero recomponer un cronómetro con los únicos útiles de un martillo de dos libras y un serrucho”; a la preocupación de la señora MacWhirr: “El único secreto de su vida era el terror que le inspiraba la perspectiva del momento en que su marido se jubilara y se instalara en su casa definitivamente”. La novela narra el viaje de un vapor por el Mar de China: “Desde el sur, el *Nan-Shan* se dirigía hacia el puerto comercial de Fu-chou, con algo de carga en las bodegas inferiores y doscientos *coolies* chinos que regresaban a sus aldeas natales de la provincia de Fokien...” y la tempestad que durante varios días ha de soportar. Excelente mezcla de descripción del tifón con las expresiones de Jukes, el oficial que, lúcido y templado, ha de soportar las salidas por peteneras del capitán, como aquella de: “La vamos a tener buena”, pronunciada en mitad de la galerna. Y la llegada del *Nan-Shan*, arrasada la cubierta e inundadas las bodegas, a su destino: “Realmente se diría que había hecho las veces de blanco móvil para las baterías de un guardacostas. Una andanada de cañonazos no habría hecho más estragos en la estructura del buque, dándole el aspecto de llegar desde el fin del mundo. En verdad, en su breve travesía había llegado muy lejos: hasta las costas entrevistas del Más Allá Eterno, de donde ningún barco regresa para conceder reposo, en tierra, a su tripulación...”.

En el mismo año, 1902, publica *Con la sogá al cuello* (título más adecuado de *The end of the tether*, que *Situación límite*, con el que también es conocida en español) novela corta, excelente desde la primera hasta la última página, en la que el hombre, el barco y el mar alcanzan la altura del mejor Conrad. Un relato sólido, otra vez ambientado en el sudeste asiático, en el que el autor no disimula su simpatía por el protagonista, el capitán Whalley, “orgullosa en otro tiempo de su gran fortaleza física, e incluso de su aspecto personal, consciente de lo que valía y firme en su rectitud...” y que, habiéndolo perdido todo, se halla en el ocaso de su carrera. Hombre pétreo, con pundonor, cuya intrahistoria nos cuenta con detalle y afecto. Un capitán que se está quedando ciego, pero que no puede reconocerlo porque aún necesita seguir en activo y ganar un dinero con el que garantizar la seguridad de su hija, allá en el lejano Londres. Sólo la ayuda del fiel Serang, “un viejo malayo muy despierto, de piel muy oscura...”, le permite mantener la apariencia de que puede dirigir el rumbo de su buque: “—¿Todavía no? —El sol deslumbra mucho, *Tuán*. —Vigila bien, Serang. —Sí, *Tuán*”. Unas páginas que acaban con la carta que una joven lee en Londres: “Son quinientas libras... Quiero verte... y, sin embargo, la muerte sería el mejor favor. Si alguna vez lees estas palabras te ruego que ante todo des gracias a un Dios que al cabo se habrá mostrado misericordioso, pues estaré muerto, y eso estará bien...”. Unas páginas cuyo muro de carga, quizá, esté en el capítulo 3: “En aquella época los individuos contaban”.

Entre 1904 y 1911 Conrad publica tres novelas extensas con argumento político. La primera de ellas, *Nostromo* (1904), por un lado es un retrato de muchos de los países de Sudamérica a principios del siglo xx; por otro, una lúcida observación de la

codicia que con frecuencia anida en el corazón humano; y es, además, una reivindicación del individuo. Es muy probable que el autor creara Costaguana, el país imaginario donde se desarrolla la historia, sobre recuerdos de sus viajes a las Antillas y las Guayanas. El nombre y la geografía que describe recuerdan esos territorios. Nostromo, capataz de cargadores en el puerto, está inspirado en un marinero corso, al que conoció en Marsella y con el que navegó en el Golfo de León, y queda definido en la nota introductoria: “es un hombre que lleva tras sí el peso de incontables generaciones, sin parentesco del que ufanarse... no aspira a ser un líder... no quiere elevarse sobre la masa; está contento con sentirse un poder dentro del pueblo...”. Su robo de una barcaza cargada de lingotes de plata es la disculpa para la descripción de personajes como el viejo genovés Giorgio Viola, “despreciador del populacho, como los republicanos austeros son a menudo...” y cuyas divinidades eran “la Libertad y Garibaldi”; el inglés Charles Gould, tenaz propietario de la mina y la plata tan codiciada que contiene; su esposa, todo un prodigio de generosidad y capacidad para “leer” las situaciones aun en momentos de confusión; Antonia Avellanos, la bella Antonia, “ella es la que ha conservado en mi memoria la imagen de una vida continuada... ella, como mujer, sencillamente por lo que es, el único ser capaz de inspirar una pasión sincera en el corazón de un frívolo”; o la organización administrativa del país: “las pandillas de ladrones que manejan el gobierno de Costaguana... el temor del funcionarismo con su parodia de administración, enteramente ajena a toda ley, a toda seguridad y a toda justicia...”. Pero a Conrad le cuesta admitir el triunfo material del protagonista y le hace morir de una forma estúpida, aunque sea por amor: “Aquel era otro de los triunfos de Nostromo, el mayor, el más envidiable... Con aquel sincero grito de amor inmortal... el genio del magnífico capataz de cargadores proclamó su dominio sobre el oscuro golfo, que contenía sus conquistas de riquezas y amor”.

El agente secreto (1907) está dedicada a su amigo H. G. Wells, “historiador del futuro” y se basa en un hecho real: la muerte de un anarquista por la explosión accidental de la bomba que llevaba encima, en un parque de Londres en 1884. Conrad, que posee la cultura del trabajo y del sentido del deber; que asume la responsabilidad de pensar por sí mismo y conoce al hombre lo suficiente como para abominar de profetas y redentores, es enemigo de toda forma de terror y en estas páginas critica el anarquismo con dureza e ironía: “Ya que nadie se rebela contra las ventajas y los beneficios del orden social, sino contra el precio que hay que pagar, bajo las especies de moralidad corriente, en obligaciones personales, en trabajo. La mayoría de los revolucionarios son enemigos de la disciplina y la fatiga. Se trata de naturalezas que estiman, según su sentido de la justicia, que el precio exigido es monstruosamente desproporcionado, odioso, opresor, vejatorio, humillante, rapaz, intolerable: éstos son los fanáticos...”. Adolf Verloc, el timorato protagonista, a la vez al servicio de la Embajada de Rusia y de la Policía, es incapaz de arriesgar el pellejo y utiliza a su cuñado, un adolescente débil mental, para cargar con la bomba que pretende hacer estallar en

Greenwich. El resultado es la muerte del muchacho y lo que ello precipita. La sumisa esposa de Verloc, Winnie, que más que hermana ha sido la madre que crió a la víctima de la explosión, y por quien realmente ha vivido, hará justicia con un simple cuchillo.

Conrad publica en 1911 *Bajo la mirada de Occidente*, cronológicamente la tercera de sus novelas “políticas”. Una obra muy meditada de la que, para evitar malos entendidos, nos dice en la introducción: “Nunca he realizado un mayor esfuerzo de imparcialidad frente a todas las pasiones, prejuicios e incluso recuerdos personales... Las figuras que desarrollan sus papeles en este relato deben su existencia a un conocimiento general de las condiciones de Rusia y de las reacciones morales y emocionales del temperamento ruso bajo la presión del titánico desorden que, en términos humanos, puede reducirse a la fórmula de una desesperación sin sentido provocada por una tiranía sin sentido”. La novela relata el atentado con bomba que en San Petersburgo causa la muerte del “Presidente de la Comisión Represiva”, “execrable personalidad que no tenía imaginación suficiente para ser consciente del odio que inspiraba”. El autor del atentado cuenta su acción al protagonista, el solitario estudiante Razumov, que lo único que desea es tener seguridad dentro del Sistema y que le delata. Atrapado y convertido en espía, tal acto le persigue a lo largo de las páginas, hasta confesarlo a quienes sabe acabarán con su vida: “Justamente cuando se creía a salvo, y lo que es más, infinitamente más, cuando se dio cuenta de que podía ser amado por esa admirable muchacha, fue cuando comprendió que sus desprecios más acerbos, la peor perversidad, el trabajo endemoniado de su odio y su orgullo, nunca podrían ocultar la existencia que tenía ante él”. Como vemos, para Conrad no hay redención posible para el hombre lúcido que se siente culpable. Como tampoco la hay para el que le revienta los tímpanos y provoca su muerte: “lo que más me inquietaba al escribir de él no era tanto su monstruosidad como su banalidad”; ni, adelantándose en el tiempo, para el propio país: “La reflexión más terrible... es que todas estas gentes no son producto de lo excepcional sino de lo general: de la normalidad de su país, de su tiempo y de su raza. La ferocidad e imbecilidad de un poder autocrático que rechaza cualquier legalidad y que al sostenerse sobre el completo anarquismo moral provoca la no menos imbécil y atroz respuesta de un revolucionarismo puramente utópico que lleva a cabo la destrucción con los primeros medios que encuentra a mano... Esa gente es incapaz de darse cuenta de que lo más que puede conseguir es un cambio de nombres. Oprimidos y opresores son todos rusos...”.

Referirse a Rusia en esos términos, aunque sea en 1911, le granjea más de un enemigo y le lleva a la ruptura con su influyente agente literario, James B. Pinker, que para hacerle un favor, escribe: “Conrad no habla inglés”.

Intercalada entre *Nostromo* y *El agente secreto*, Conrad publica *El espejo del mar* (1906), una obra maestra. Subtitulada *Recuerdos e impresiones*, en la nota preliminar escribe: “En estas páginas hago una confesión completa, no de mis pecados, sino

de mis emociones. Es el mejor tributo que mi piedad puede rendir a los configuradores últimos de mi carácter, de mis convicciones, y en cierto sentido de mi destino: al mar imperecedero, a los barcos que ya no existen y a los hombres sencillos cuyo tiempo ya ha pasado”. Cumple con creces. Desde el primero hasta el último capítulo nos demuestra que le basta con observar, fijar y recordar, para crear un texto inolvidable. Y es que, si para Conrad el mar fue su escuela y el barco su hogar, bien podemos decir que aquí está su ideario, su moral. Así, cuando se refiere a la construcción de un velero, que siempre antepone a un vapor, escribe: “la pericia de la técnica es más que honradez; es un sentimiento elevado y claro, no enteramente utilitario, que abarca la honradez, la gracia y el honor del trabajo. Está compuesto de tradición acumulada, lo mantiene vivo el orgullo individual, lo hace exacto la opinión profesional y, como a las artes más nobles, lo estimula y sostiene el elogio competente... Somos eternos esclavos de las obras de nuestro cerebro y del trabajo de nuestras manos. Un hombre nace para prestar un servicio en este mundo, y hay algo de hermoso en el servicio que se rinde por otros conceptos que el de la utilidad... Puede haber normas de conducta; no existen normas de camaradería humana. Tratar con los hombres es un arte tan bello como tratar con barcos. Tanto los unos como los otros viven en un elemento inestable, se hallan sometidos a sutiles influencias y prefieren ver sus méritos apreciados que sus defectos descubiertos...”.

En los años siguientes, Conrad alumbró *Fortuna* (1914), *Victoria* (1915), *La línea de sombra* (1917), *La flecha de oro* (1919), *El rescate* (1920) y *El pirata* (1923), obras, en especial las dos primeras, que tienen gran éxito, sobre todo en EE.UU., y significan el fin de sus apuros económicos. De ellas es obligado destacar *La línea de sombra*, obra de perspectiva que dedica a su hijo Boris, alistado en el ejército inglés en la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y en la que, dentro de sus propios recuerdos como capitán del Otago, escribe: “Sí; uno camina y el tiempo también camina, hasta que uno advierte ante sí una línea de sombra, señal de que también habrá que dejar atrás la región de la temprana juventud...”; y *El pirata*, en la que, tras la dedicatoria a su amigo Jean Aubry, adjunta dos bellos versos de un poema de Edmund Spenser (1552-1599): “tras el trabajo el sueño, el puerto tras los mares procelosos,/ la calma tras la guerra, la muerte tras la vida, placen mucho”. En estas páginas, ambientadas en el Golfo de León, en la Francia inmediatamente posrevolucionaria, recrea en *Peyrol* a Dominique Cervoni, aquel marinero del que algo ya nos adelantó en *Nostromo*. Hecho de una pieza, hermético, heterodoxo y, a su manera, con principios; capaz de inmolarse en silencio por lo que considera su causa, lo que mejor define a *Peyrol* es el breve diálogo que mantiene con el hombre malformado que le ayudó a reparar una vieja barcaza: “Innegablemente, es usted todo un hombre”. “No me hable así, ciudadano”, dijo el tullido con voz temblorosa... “Es un cumplido excesivo”. “Es la verdad”, insistió con rudeza el pirata, como si al final de una vida aventurera, acabara de descubrir la insignificancia de las envolturas mortales. “Le digo que es usted el camarada que uno quisiera tener al lado en los momentos de apuro”.

Los años finales

El matrimonio Conrad vivió en diferentes puntos del sudeste de Inglaterra, siempre en el interior pero no lejos del mar, en un área en la que coincidió con autores como William H. Hudson, Stephen Crane y Herbert G. Wells. Conrad mantuvo una estrecha amistad con Ford Maddox Ford, con quien publicó algunas obras; con Henry James y el propio Wells; con André Gide, que afirmaba haber aprendido inglés para leer y traducir su obra al francés, y con Bertrand Russell. El filósofo, poco amigo de ditirambos, le visitó en 1913 y años después escribió en su Autobiografía: "Mis relaciones con Joseph Conrad no se han parecido a ninguna de las que he tenido nunca. Le vi raras veces... compartíamos una determinada concepción de la vida y del destino humanos que desde el primer momento anudó entre nosotros un lazo extremadamente fuerte... De todo cuanto había escrito, lo que yo más admiraba era la terrible historia titulada *El corazón de las tinieblas*... creo que esa narración es la que expresa de forma más completa su filosofía de la vida... En el mundo moderno hay dos filosofías: la que nace de Rousseau y aparta la disciplina por innecesaria, y la que halla su más plena expresión en el totalitarismo, que piensa que la disciplina debe ser impuesta desde fuera. Conrad pensaba que la disciplina debe proceder de dentro. Despreciaba la indisciplina y detestaba la disciplina meramente externa. Vi que coincidía plenamente con él en este punto... Supongo que Conrad está en vías de ser olvidado, pero su intensa y apasionada nobleza brilla en mi memoria como una estrella...".

En 1916 Conrad mantuvo una apasionada y fugaz relación con la periodista norteamericana Jane Anderson, veinte años más joven, corresponsal del *Daily Mail* y que "había cruzado el Atlántico para conocer al mejor escritor del mundo". ¿Canto del cisne?, ¿vanidad de vanidades?, lo cierto es que el fuego duró poco y no dejó rescoldo.

El matrimonio y su hijo Boris, herido en el frente francés, se trasladan en 1919 al pequeño pueblo de Bishopsbourne, cerca de Canterbury, la que será su última residencia. Por entonces está enfrascado en un libro de memorias y una novela, *Suspense*, que no llegará a concluir. Precisamente, para ambientarla hace un sorprendente viaje a Córcega en 1921, año en el que da a la imprenta *Notas de vida y letras*. Es ésta una obra clara, pulcra, sin una página de más y en parte develadora de un hombre que, en su ocaso, sabe que ha hallado por fin su identidad. Una obra en la que nos da una visión inolvidable de los libros: "Entre todos los objetos inanimados, entre todas las creaciones del hombre, los libros son los que nos quedan más próximos, por contener nuestros pensamientos, nuestras ambiciones, nuestra indignación ocasional, nuestras ilusiones, nuestra fidelidad a la verdad y nuestra persistente inclinación al error...". Un libro en el que habla de sus autores más queridos y en el que nos da una de las claves de los hombres del mar: "En cuanto al trabajo del hombre, si está bien hecho no cabe decir ya más. En la Marina, donde los valores humanos son profundamente comprendidos, la máxima señal de aprobación y bene-

plácito para con un buque (es decir, su tripulación) por un logro determinado consiste exactamente en esas dos sencillas palabras 'buen trabajo' seguidas del nombre de la nave... tan sólo: 'Buen trabajo, buque tal'".

Doubleday, su editorial en EE.UU., le organiza un viaje a Nueva York en la primavera de 1923. Sus últimas obras han tenido allí el reconocimiento de los lectores y de *Fortuna*, obra menor dentro de su producción, se han vendido 20.000 ejemplares. El recibimiento es triunfal y la revista *Time* dedica una portada a su fotografía.

Sus últimos años son un calvario. La artropatía gotosa ha ido limitando su movilidad y desde 1919 debe dictar todo lo que escribe. Fumador empedernido y muy probablemente con hipertensión arterial, es consciente de su declinar. Limitado por los dolores articulares y la disnea, debe guardar días de reposo y en una de sus últimas cartas dicta: "Supongo que de una u otra manera debo morir algún día. Sencillamente por decencia". A principios de 1924 no acepta el ofrecimiento de un título que le hace el *premier* Ramsay MacDonald.

Josef Teodor Konrad Nalecz Korzeniowski, Joseph Conrad, moría súbitamente el tres de agosto de 1924 en su casa de Bishopsbourne, Kent. Sus restos descansan en el cementerio de la iglesia católica de Santo Tomás, en Canterbury. En la lápida que los cubre podemos leer dos bellos versos del poeta Edmund Spenser:

*Sleep after toyle, port after stormie sea,
Ease after warre, death after life, does greatly please.*

Post scriptum

No es exagerado decir que Conrad ayudó a hacer moderna la novela. En cuanto a su filosofía, pensamos que Bertrand Russell acertaba sólo en parte al afirmar que "Conrad está en vías de ser olvidado". Sobre todo cuando hallamos algo de él en Faulkner, Hemingway, Virginia Woolf, Mann, Gide, Camus o Sartre. Tal vez, los temas que trató y los principios políticamente incorrectos que latían en sus páginas, tengan hoy poco sitio en esta nuestra decadente Europa. Pero, cuando se cumple un siglo y medio de su nacimiento, es probable que EE.UU., Polonia, Francia e Inglaterra sí recuerden su obra como merece.

Y, en cuanto a su estilo literario, nada mejor que recordar lo que entre nosotros escribió Javier Marías al traducir *El espejo del mar*: "No cabe duda de que la prosa de este polaco de origen... es una de las más precisas, elaboradas y perfectas de la lengua inglesa. Sin embargo es de lo menos inglés que conozco. Su serpenteante sintaxis no tiene apenas precedentes en ese idioma, y, unida a la meticulosa elección de los términos —en muchos casos arcaísmos, palabras o expresiones en desuso, variaciones dialectales, y a veces acuñaciones propias—, convierte el inglés de Conrad en una lengua extraña, densa y transparente a la vez...".

Conrad nos dejó 14 novelas, 27 novelas cortas y dos libros de memorias. A la hora de valorar su labor, viene bien traer aquello que escribió: “Los superlativos son simples signos de asombro desinformado”. Por otra parte, ya vimos que, coherente con su biografía, declinó el ofrecimiento de un título honorífico. Pensamos que, acaso, no hubiera rechazado uno más evocador: *Tuán*. Por ello, y con la misma admiración contenida con que leímos cada uno de sus libros, nos permitimos apostillar su obra con un sencillo: Buen trabajo, *Tuán* Conrad.

Bibliografía

- Baines J. Joseph Conrad. A Critical Biography. Londres: Weinfeld & Nicholson Eds., 1960.
- Orr L. y Billy T. A Joseph Conrad Companion. Portsmouth: Greenwood Press, 1999.
- Peters, JG. The Cambridge Introduction to Joseph Conrad. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.